

Dura es la ley de la guerra
para el que en la guerra está.
Vida y muerte, muerte y vida,
cartas de un juego de azar.
El corazón del guerrero,
sólo esta ley cumplirá.

(Tras un breve pausa, y siempre en la oscuridad, una voz femenina da a esos versos su réplica apasionada.)

Dura es la ley de la guerra
para el que en la guerra está.
Muerte y vida, vida y muerte,
cartas de un juego de azar.
¡Pero si la guerra es vida,
algún amor llevará!

Estampa II

Hombre soy

La misma decoración que en el cuadro anterior. Dos horas más tarde. La luz empieza a declinar. En la chimenea arde el fuego.

Escena I

Juan Martín, Sardina y El Crudo

(Al iluminarse la escena, Juan Martín termina de dictar a Sardina un parte. Sardina, sentado junto a la mesa escribe trabajosamente. Sobre la mesa habrá un velón y algunos papeles. El Crudo dormita sobre un banco.)

Juan Martín (*dictando*).—«Por todo lo cual,... el jefe que suscribe...» (*Interrumpiendo el dictado.*) El jefe que suscribe... Si esto sigue, Sardina, vamos a terminar todos hablando como escribanos. (*Sigue dictando.*) «El jefe que suscribe... para mantener... la disciplina en la tropa... se ha visto obligado... a ordenar el fusilamiento... del jefe de partida Antonio el Tuerto,... el cual ha sido ejecutado... sin más demora...» Así se dice, ¿verdad?

Sardina.—Sí.

Juan Martín.—Pues escríbelo: «sin más demora... esta misma tarde.»

Sardina.—Ya está. (*Un breve silencio.*) ¿Estás contento, Juan Martín?

Juan Martín.—Contento, no, pero arrepentido, tampoco. Era necesario. (*Nuevo silencio.*) Que el cura Mingarro escriba el parte con mejor letra y le ponga todas esas retóricas que quieren en el Cuartel General. Y que esta misma tarde salga un correo para llevarlo al general Blake. Correrán habladurías y chismes, y hay que adelantarse con la pura verdad.

Sardina.—Así se hará.

Juan Martín.—¿Qué ha traído el correo?

Sardina (*tomando un papel de la mesa y leyéndolo*).—Dice el general que tan pronto como tomemos Calatayud, pongamos sitio a Borja. Hay que evitar a toda costa que los franceses manden refuerzos hacia Valencia.

Juan Martín.—Así se hará. Más tarde distribuiremos las fuerzas. Pero no estará mal que una partida se asome mañana mismo al puerto del Frasno. Es seguro que desde Zaragoza querrán enviar alguna ayuda a los Calatayud. (*Breve pausa.*) Y al Crudo, ahí lo tienes; no podía con su alma. No me extraña: una noche de marcha, seis horas de pelea, y para remate el trago de lo del Tuerto. Sí, a todos nos convendrá descansar unas horas.

Sardina.—A mí, desde luego. (*Mirándose la mano.*) No sé ni cómo estos dedos han podido sostener la pluma.

Juan Martín.—Envía cuanto antes el parte, y descansa. Antes de media noche habrá que salir del pueblo. (*Sacudiendo al Crudo.*) ¡Eh, Crudo! ¿Tú también te ablandas? Si entran ahora los gabachos, te despiertas en el otro barrio.

Crudo (*desperezándose*).—Pero aún estoy en éste, Juan Martín. Mi cuerpo no es como el tuyo; es de carne y hueso.

Juan Martín (*riendo*).—¿Y el mío, no? No estoy yo tan seguro, Crudo. (*A Sardina y al Crudo, que se disponen a salir.*) Ea, hasta luego.

Sardina.—Hasta luego.

Crudo (*señalando al banco*).—Voy a ver si encuentro algo más blando que eso.

(*Salen Sardina y el Crudo.*)

Escena II

Juan Martín y Olalla

(*Juan Martín se sienta en uno de los bancos, se despereza, queda un momento pensativo, saca su reloj del bolsillo, y después de mirar la hora se acerca a la puerta lateral y la golpea con los nudillos.*)

Juan Martín.—¡Olalla! (*Silencio.*) ¡Olalla!

Olalla (*desde dentro*).—Voy, Juan Martín.

(*A los pocos segundos, se abre la puerta y entra en escena Olalla.*)

Olalla.—Aquí me tienes.

Juan Martín (*tomando las manos de Olalla*).—Todos se fueron. Ven conmigo, serrana.

Olalla (*con visible contrariedad*).—No me llames serrana.

Juan Martín.—¿Es que no lo eres? ¿No naciste en tierras de Cameros?

Olalla.—Sí, Juan Martín; pero en tu boca, no es mi nacencia lo que esa palabra nombra.

Juan Martín.—Mucho sabes tú, serrana...

Olalla.—¡Y dale! (*Breve pausa.*) ¿A cuántas has llamado así?

Juan Martín (*con sonrisa entre pícaro y jactancioso*).—¡Qué sé yo!

Olalla.—Pues por eso. Llámame Olalla.

Juan Martín.—Es verdad. Tú eres otra cosa.

(Un breve silencio.)

Olalla.—¿Qué cosa soy, Juan Martín?

(Juan Martín se sienta y queda un momento pensativo.)

Juan Martín.—¿Sabes, Olalla, que me haces pensar muy hondo? Tanto como esta guerra nuestra. *(Un breve silencio.)* ¿Cuánto tiempo llevamos juntos?

Olalla.—Va para un año. ¿Recuerdas dónde nos encontramos?

Juan Martín.—Tanto como tú. *(Pensativo.)* Un año. Cuando yo acababa de hacer... un descubrimiento.

Olalla.—¿Un descubrimiento?

Juan Martín.—Sí: dentro de mí mismo. Descubrí que, pase lo que pase, ya no podré volver a Castrillo.

Olalla.—¿Por qué? ¿No están allí tus tierras? ¿Y tu mujer, y tus hijos?

Juan Martín.—Sí, allí están mis tierras, y mi mujer, y mis hijos. Allí tiene su casa el hombre que yo fui, pero no el hombre que yo soy. *(Un breve silencio.)* Mira, Olalla. Si los franceses nos ganan la partida, que no lo creo, yo no querré verlo y no lo veré, porque me habrán matado antes. Y si logramos echarlos de España, que los echaremos, tendré que cuidar de que tanta sangre y tanto dolor no hayan sido en balde. Es mucho lo que este pueblo nuestro está pasando para que todo se quede en los degüellos del Nazario y en las raterías del Tuerto. No. Cuando acabe la guerra, ya no podré quedarme en Castrillo.

Olalla.—Te comprendo, Juan Martín, y también por eso te quiero. Redaños para matarse con los franceses los tiene cualquiera. ¡Tú..., tú eres otra cosa! Pero yo, esta pobre mujer que la guerra ha juntado contigo, ¿qué tiene que ver con esos pensamientos tuyos?

Juan Martín.—Más de lo que tú sospechas, Olalla: ¿sabes lo que yo he encontrado en ti?

Olalla *(entregada)*.—Tu gusto.

Juan Martín.—Sí, mi gusto. *(Acariciándola.)* Una piel que me estremece y me ciega. La única piel que hace olvidar a mis manos la dureza del sable *(oprimiendo la empuñadura de éste)* y la blandura de la rienda. *(Mirándola a los ojos.)* Y tus ojos, en los que no sé si me encuentro o me pierdo. Y tus besos... *(La besa. Cuando parece que va a entregarse al beso, se rehace y la aparta.)* Sí, mi gusto; pero no sólo mi gusto.

Olalla.—¿Qué otra cosa has encontrado en mí, Juan Martín?

Juan Martín.—Tu silencio: ese silencio con que me mirabas y me oías cuando yo estaba delante del Nazario y del Tuerto. Y tu entereza de mujer; esa rabia tuya cuando antes te he llamado serrana. *(Gravemente.)* Y sobre todo esto...

Olalla *(encandilada)*.—¿Qué?

Juan Martín *(tras una breve pausa)*.—Aunque tú me sueltas la lengua, yo no soy hombre de palabras y no sé decir todo lo que siento. *(Riendo.)* ¡Lo bien que ahora me vendrá tener dentro de esta guerrera uno de esos que tan guapamente peroran en las Cortes de Cádiz! *(Otra vez con gravedad.)* Mira, Olalla: tú eres para mí el suelo y el aire de mi nueva vida. Aquélla, la de allá, la del pueblo *(señalando a lo lejos)*, es la mujer de Juan Martín Díaz, un labrador de Castrillo; tú eres la mujer del Empecinado, la

hembra que España me ha puesto delante cuando España ha sido para mí lo que tenía que ser. *(Con cierta solemnidad.)* Olalla, óyeme lo que te digo: tú eres la mujer del Empecinado.

Olalla *(con gravedad, a su vez)*.—Mucho me has dicho, Juan Martín; pero aunque no me hubieses dicho tanto, tuya soy.

Juan Martín *(seductor)*.—¿De veras,... serrana?

Olalla *(rendida)*.—Ahora, sí.

(Se abrazan. Cuando van a dirigirse hacia la puerta lateral, suena con violencia la aldaba de la puerta de la calle.)

Juan Martín *(volviéndose con alarma)*.—¡Qué oportunos! *(Con fuerza.)* ¿Quién es?

Abanto *(desde dentro)*.—Juan Martín, traigo un mensaje urgente para ti.

Juan Martín.—¡Entra! *(A Olalla.)* Déjame solo un momento.

(Entra el Abanto con un papel en la mano. Olalla sale por la puerta lateral.)

Escena III

Juan Martín y El Abanto

Abanto.—Perdóname, Juan Martín, pero se han *empeñado* en que te trajese ahora mismo este papel.

Juan Martín.—¿Qué pasa? Vamos, aligera.

Abanto.—Estábamos de guardia en el camino real, y un centinela nos avisó que se acercaba un coche sin escolta. Se adelantó una patrulla, y sin disparar un tiro le echó el guante. En el coche venían una señora francesa con su criada, el cochero y uno como lacayo o mozo de cuadra. Al decirles que quedaban prisioneros de la partida del Empecinado, la señora, que por cierto es muy fina y habla casi como nosotros, se puso muy contenta, hizo sacar a la criada papel y pluma, escribió esta hoja y me pidió que te la trajese cuando antes.

Juan Martín.—Dámela. *(Toma el papel, lo despliega y lo lee.)* Vamos, hombre. *(Sonriendo.)* ¿Quién podía imaginarlo? *(Al Abanto.)* ¿Dónde está esa señora?

Abanto.—A la entrada del pueblo, esperando tu respuesta.

Juan Martín.—Vete a buscarla, y la traes. Y de paso, mira si hay una habitación medio decente en la posada. Andando.

Abanto.—A tus órdenes.

(Sale el Abanto.)

Escena IV

Juan Martín y Olalla

(Al quedar solo, Juan Martín vuelve a leer el papel que tiene en la mano, mira a lo lejos, como recordando, y sonrío de nuevo. A los pocos segundos, Olalla entra por la puerta lateral.)

Olalla.—Oí que salía el Abanto. *(Breve pausa.)* ¿Qué quería?